
UNA CONFERENCIA

ARTISTAS VASCOS

En el Casino Liberal de Eibar, dió la noche del 4 de Abril, nuestro amigo don Carmelo de Echegaray, la interesante conferencia que extractamos.

Comenzó manifestando que, aun cuando conocía la benevolencia de su auditorio, había querida asegurarla mejor, tratando de un tema que seguramente había de ser simpático á sus oyentes.

á este fin se propuso disertar llana y familiarmente, como en conversación amigable, acerca de artistas vascos, materia que venía siendo para él objeto de preocupación constante y de reflexión ahincada y serena desde hace muchos años.

Afirmó que cuando veía en libros y papeles la aseveración rotunda y sin distingos de que el pueblo vasco carecía por completo de aptitudes artísticas, su corazón se rebelaba contra esas declaraciones tan absolutas; y no solo se rebelaba su corazón, sino que protestaba también su entendimiento, el cual no podía admitir que el pueblo vasco constituyese una excepción única entre todos los pueblos del mundo, y no estuviese atormentado por el anhelo de labelleza, y no aspirase á expresarla más ó menos tosca y rudimentariamente.

Hizo notar que, contra esa sentencia de incapacidad artística que

temerariamente se había lanzado contra el pueblo vasco, se alzaba de modo que no deja lugar á discusión la singular aptitud de los euskaldunas para el arte divino de la música.

Recordó á ese efecto, los brillantes y laureados orfeones que saben organizar los hijos de Eibar, y de alguno de los cuales, que conoció en las fiestas euskaras de Marquina hace ya un cuarto de siglo, guarda tan dulce como inolvidable memoria.

Agregó que, sin embargo, él no se satisfacía con que todas las aptitudes artísticas de los vascos hubieran de limitarse y circunscribirse al cultivo de la música que expresa lo más íntimo, lo más vago, lo más impalpable de las aspiraciones del espíritu humano, aquello que es más difícil de concretar en palabras ó de reproducir gráfica ó plásticamente: en una palabra, lo más inefable, y nos atenemos á la significación etimológica de este vocablo.

Un pueblo como el vasco-decía-que tiene tan desarrollado el sentido de las cosas concretas y tangibles, por fuerza ha de querer fijar la belleza en forma también palpable y visible.

Y añadió que las investigaciones practicadas á este efecto le habían demostrado que en efecto, la fijo, y que los hijos de este país lograron distinguirse entre los cultivadores de las artes del diseño.

Antes de enumerar aquellos euskaldunas que más se distinguieron por este concepto antes del siglo XIX, pues empezó protestando de que no quería aludir á los contemporáneos, por no poder juzgarlos todavía con aquella serenidad y aquel desapasionamiento que sólo se adquieren cuando se trata de cosas que sólo viven en el mundo de la historia, y para los cuales somos ya posteridad, hizo notar el carácter distintivo de la arquitectura en los siglos medios, y á este efecto leyó las siguientes palabras del maestro de la erudición española don Marcelino Menéndez y Pelayo: «Trabájase con sublime inconsciencia y los procedimientos técnicos se derivaban de maestros á discípulos por aprendizaje de cantería y andamio, aunque hoy sólo por inducción sacada de las mismas obras puede conjeturarse cuales fueron.

De lápidas sepulcrales, de libros de cuentas y de contratos pueden sacarse nombres de maestros de obras y alarifes; y se disputará eternamente sobre la patria de ellos; pero es condición de este arte, el más colectivo y el más impersonal de todos, poner en sus enormes masas el sello, no de un hombre, ni de una escuela, sino de una civilización entera. ¿Qué significa el nombre del maestro Mateo, ó el de Petrus

Petri, ó el de Juan de Colonia, al lado de los prodigios artísticos de Compostela, de Toledo y de Burgos? Semejante en esto á la legítima poesía épica, torna la arquitectura de las épocas creyentes al artifice como mero instrumento, como ejecutor casi pasivo, y si no borra su nombre, le relega á uno de los ángulos más escondidos de su creación, al rincón donde yace su sepultura.

Un soplo de inspiración común levanta el alma de estos hombres rudos y simples, y les sirve de estética: la fe, de la cual participan con el pueblo, les da alas, se imitan y se copian unos á otros, sin menoscabo de su originalidad, porque la savia primitiva sigue corriendo mientras el espíritu no se extinga».

Trazó á grandes rasgos la historia del país vasco en la época de las luctuosas guerras de bandos en que era difícil, por no decir imposible, que brillase ninguna de las artes de la paz.

Toda la actividad de los hijos de este país se empleaba en una pelea de todos los días y de todos los momentos que no consentía vagar por estas nobles labores del espíritu que llamamos artes bellas. ¿Cómo en tal ambiente había de florecer la arquitectura?

Sin embargo, dejó muestra de sí en algunos templos ojivales, que constituyen bella muestra de las excelencias del arte gótico, dentro de la modestia de los recursos con que á la sazón, y antes del descubrimiento de América, podia contarse en el país.

Algún artifice hubo que más ambicioso de inmortalidad que SUS compañeros, dejó consignado su nombre en la obra que se emprendió bajo su dirección y con sujeción á su trazo: tal fué Sancho de Emparan, á quien se debe la edificación del templo parroquial de Santa María de Guernica en 1418.

Consignó que ya para aquellos días algunos hijos del país se lanzaban fuera del territorio vasco á demostrar sus aptitudes artísticas.

Citó, entre ellos, en primer término y con especial encomio, á Juan de *Olotzaga*, cuyo empeño en no prescindir de la gráfica *tz* para la transcripción de este apellido, nos da no solo la forma primitiva de éste, sino prueba solemne de que *Olotzaga* era vasco, y conocía el vascuence, y tenía en mucho su oriundez euskara, y no quería que nadie le negase, ni la pusiera en duda.

De este *Olotzaga* se dijo que era vizcaíno, obedeciendo á esa tendencia común á los extraños al país, de comprender bajo el nombre de vizcaínos á todos los nacidos en la Euskal-Erria, pero el señor Echega-

ray indicó que él tenía la sospecha vehemente de que el personaje á quien se refería procedía del solar de Olotzaga, radicante en Hernialde, donde tenían su prosapia varones muy distinguidos de este linaje que andando los tiempos, fueron á avecindarse en San Sebastián y llegaron allí á ejercer altos cargos, incluso el de Alcalde de la Ciudad y el de Diputado General de la Provincia.

Recordó que á Juan de Olotzaga, que vivía por los años de 1400, se debía la hermosa fachada de la Catedral de Huesca, justamente ponderada por críticos competentísimos, y declaró que, en su sentir, bien merecía este varón ilustre que no se olvidara su nombre cuando se mencionasen los de aquellos que habían sido prez y lustre de Guipúzcoa.

Hizo notar que á medida que, por una parte, comienza á surgir el Renacimiento, y aparecer nombres de arquitectos insignes que dejan unida su fama á la de edificios celebérrimos que se levantaron en aquella época, y llega, por otra parte, para el país vasco una era de relativa bienandanza y prosperidad material, con la extinción de las luchas de bandos y el descubrimiento del Continente americano; los hijos de la Euskal-Erría van consagrándose, dentro y fuera de su tierra, á construir templos y palacios que llevan impreso el sello del siglo en que se ejecutaron.

Citó entre ellos, á Juan de Albizuri, que en 1476 trazó la iglesia de Cascante, á Juan de Arandia, que emprendió en 1499 la construcción de la de San Benito el Real de Valladolid, á Miguel de Santa Celay y Juan de Urrutia, que edificaron en 1508 la parroquia de San Vicente en la ciudad de San Sebastián, á Juan de Alava, que en 1511 era maestro mayor de la Catedral de Plasencia, y trabajó en las de Sevilla Y de Salamanca; á Martin de Arroche, que en 1517 comenzó la edificación de la iglesia de Utiel, continuada después por una verdadera legión de maestros vascongados: Juan de Vidania, Juan de Guernica, Tomás de Marquina, Joan de Aranguren, un tal Urquizu, cuyo nombre no aparece, y Agustín de Elorrio, el vizcaino Domingo de Urteaga, que en 1518 fué nada menos que á la provincia de Alicante, y allí construyó la parroquia de Concentaina; á Pedro de Ibarra, de quien es la traza del Colegio mayor de Santiago el Zebedeo en Salamanca; á Pedro de Alzaga, Martin de Armentia y Domingo de Bustinobiaga, que levantaron la torre de la iglesia de San Salvador de Guetaria entre 1525 y 1530; á Pedro Martínez de Oyanerdi, que construyó una mag-

nífica casa de estilo plateresco en la calle Mayor de San Sebastián en 1530; á Pedro y Juan de Alviz, que edificaron la iglesia y el convento de dominicos de Cuenca en 1538; á Juan de Celaya, arquitecto acreditado en Palencia, y que unió su nombre al glorioso de Juan de Badajoz en el claustro del Monasterio de Benedictinos de San Zeil de Carrión.

Hizo notar á este propósito que al lado de los grandes arquitectos del Renacimiento español, ayudándoles leal é inteligentemente, figuran siempre maestros aparejadores vascongados; así el citado Juan de Celaya como continuador de Juan de Badajoz; así Martín Ruíz de Chortudi como el hombre de confianza y el sucesor más tarde de Gil de Hontanón en la Catedral de Segovia, así Martín de Gainza y más tarde, Miguel de Zumarraga en la Catedral de Sevilla; así Domingo Lasarte, en la de Salamanca; así Joanes de Arandía, Francisco de Guernica y Martín Barrena en el Alcázar de Toledo.

Recordó que mientras tanto, seguramente con los recursos procedentes de América iban ampliándose y reedificándose las iglesias del país, y Andrés de Leturiondo, Pedro de Estiburu, Pascual de Iturriza, Martín Igarza y Pedro Lizarazu intervenían en las obras de la parroquia de Santa Marina de Oxirondo de Vergara, Martín Burbocoa y Martín Sagarzola en las del Convento de Dominicos de San Telmo de San Sebastián, Domingo de Aranalde, Domingo y Juanes de Arauzacitroqui en la parroquia de Rentería, Juan de Elizarán, Andrés de Menchaca y Domingo de Areztiburu en la de la iglesia de Segura.

Entre los que se encargaron de ejecutar el pensamiento de Juan de Herrera en la inmensa mole escurialense, mencionó á Martín de Berriz, Juan de Olabarrieta y Domingo de Eceiza, y con especial encomio á Pedro de Lizargarate, que fué maestro aparejador de las obras reales de Madrid, el Pardo y Aranjuez.

Como uno de los que más fielmente siguieron en Guipúzcoa las severas tendencias herrerianas, señaló á Fr. Miguel de Aramburu, de quien es la traza del Convento de Franciscanos de Tolosa y del Convento de franciscanos de Eibar y de la Casa-Ayuntamiento de Rentería, no sin enumerar también á los encargados de llevar á feliz ejecución los proyectos del arquitecto franciscano, y entre ellos á Hernando de Loidi, que construyó la iglesia del Convento llamado de Isasi, terminada más tarde por Miguel de Garaizabal, el cual trabajó también en las obras de ampliación de la parroquia de San Andrés de la misma

villa de Eibar, igualmente de Diego de Elorriaga, Ansola Ibarguen y el P. Jesuíta Francisco de Isasi.

Tampoco pasó en silencio el nombre de Juan Ortiz de Olaeta, que reedificó en 1629 la iglesia parroquial de Deva, y el de Lúcas de Longa y Tomás de Larraza, que emprendieron en 1693 la construcción de la de San Barlomé de Elgoibar.

Después de traer á la memoria los nombres de algunos arquitectos guipuzcoanos del siglo XVIII, á quienes se llama, no sin justicia, corruptores del gusto, pasó á tratar de lds glorias alcanzadas por los vascos en el cultivo del arte escultórico; y entre los que más prez habían alcanzado por tal concepto, mencionó á Juan de Olotzaga, ya antes recordado como arquitecto, á Juan de Morlanes «el Vizcaino», cuyas obras llegaron en algún tiempo á atribuirse nada menos que á Damián Forment, á Juan de Gamboa y Martín de Gamboa, que labraron la sillería del coro de San Lorenzo del Escorial, al azpeitiano Juanes de Anchieta, y se detuvo especialmente á recordar los méritos de Andrés de Araoz, de quien es la parte más bella del retablo mayor de Eibar. Leyó á este propósito el elogio que de este retablo hacia José Llanos en su «Diario» inédito que se propone publicar en breve, y continuó después enumerando nombres y obras de entalladores beneméritos entre los cuales no son de omitir Ambrosio de Bengoechea y Pedro de Arbulo Marguvete, que si bien era vecino de Santo Domingo de la Calzada, denota en su apellido su oriundez, si no su naturaleza alavesa.

Entre los pintores vascos que llegaron á adquirir nombradía y destacarse por su mérito, mencionó al vizcaíno Francisco de Mendieta y á los guipuzcoanos Baltasar de Echave é Ignacio de Iriarte, el primero fundador de la escuela mejicana de pintura, y el segundo, amigo y compañero de Murillo, quien decía de él que Iriarte no podía menos de pintar los países por inspiracion divina, según lo bien que lo hacía.

En el grupo de las artes secundarias ó industriales en que figuraron los vascongados, citó al bilbaino Lázaro de Azcain, que labró la magnífica reja de la catedral de Astorga en 1622, á Domingo de Zialceta, á quien se debe una de las más notables rejas de la catedral de Sigüenza, y á los elgoibarreses Juan de Arrillaga y Bartolomé de Elorza, que construyeron otras dos rejas de las que se admiran en el maravilloso templo metropolitano de Burgos.

Después de recordar á los bordadores de la misma Catedral, Andrés

de Ochandiano, Simón de Axpe y Sebastián Martínez de Manurga, encareció la necesidad de infundir á la industria una elegancia y una belleza que solo el arte puede comunicarle.

Citó como ejemplo de que así lo entienden los pueblos prácticos, lo que ocurre en Inglaterra y en los Estados Unidos, en donde son posibles cruzadas artísticas como la predicada por Ruskín en pleno siglo XIX, y donde se ofrecen por un lienzo de Velazquez las sumas cuantiosas que los anglo americanos ofrecieron por el retrato de don Diego de Corral y Arellano que se conservaba en casa de Villahermosa.

Ponderó en términos entusiastas las excelencias del arte, y recordó con frases de Menéndez Pelayo, de quien dijo que como á amigo y maestro le profesaba particular admiración, que el arte que hace respirar al mármol ó extiende sobre la tela los colores dándoles la animación de la vida, ó infunde eternidad á las palabras voladoras, no son más que manifestaciones diversas y formas varias del arte principal Y soberano en que todos debemos ser artistas, ó sea el arte de la vida, la cual cada día y cada hora debemos purificar y embellece:, para hacerla digno templo de las obras del espíritu. «Pongamos siempre muy alta la mira de nuestros artistas-terminó diciendo-que aunque no la alcamos nunca, el mismo afán de aproximarnos á ella todo lo posible, hará que cada día sea más esmerada, más perfecta y más bella nuestra labor.»

